



www.loqueleo.com/es

© 2014, Pedro Sorela

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-054-1

Depósito legal: M-37.911-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: septiembre de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Los malos en matemáticas son invisibles

Pedro Sorela

Ilustración de cubierta de Fernando Vicente

loqueleg

Mal

7

Al llegar del colegio Andrés no encontró a nadie en casa, lo que esta vez le frustró un poco. Fue a la cocina, abrió la nevera, dudó y por una vez no cogió ni queso, ni jamón, ni tampoco la mermelada de fresa. En cambio cogió un plátano del frutero, lo peló a medias, le dio un bocado distraído y tiró el resto a la basura.

Como el plátano se había quedado a la vista, lo tapó con otros restos, no fuera a ser que su madre le dijese aquello de: «No se tira la comida. Nunca. Cómo se ve que no has pasado hambre».

Pero sí tenía hambre. Lo que pasaba es que esa tarde una cosa le cogía por la garganta y no le hubiese dejado tragar nada. No ya un caldo de pollo de los que te dan cuando estás malo, sino tampoco un helado de los que comes de dos en dos cuando estás bueno.

Cuando su padre llegó del trabajo, abrió la puerta del cuarto de Andrés, lo vio sentado ante la mesa de hacer los deberes y preguntó:

—¿Qué tal el colegio?

—Mal.

8 Pero el padre no mostró mayor sorpresa. ¿Qué va a decir un chico en sus primeros días de clase en un colegio nuevo? Y más Andrés, que era de los que economizan en el uso de las palabras «bien», o «bueno», o «estupendo», y en cambio gastan mucho en miradas serias y cabezas un poco inclinadas. O sea que el padre siguió su camino hasta su habitación, se quitó la chaqueta y la corbata y las colgó en un perchero. Su esposa era muy ordenada y si algo la ponía de mal humor era el desorden.

Sobre todo en una habitación que todavía no tenía armarios, como era el caso: el padre había colgado las dos perchas en un palo sujeto en una esquina entre dos paredes. Luego fue a la cocina, se abrió una lata de cerveza tibia y regresó a la habitación de Andrés.

—A ver. Por qué mal, el colegio.

Pero lo preguntó de aquel modo, sin verdadero interés, mientras miraba alrededor, comprobando

todo lo que no habían instalado aún en la casa. Por ejemplo, un flexo sobre la mesa. Y sin esperar la respuesta preguntó:

—¿Ha llamado alguien?

Cuando Andrés dijo que habían llamado de la tienda, para decir que el modelo de nevera que habían encargado ya no estaba en oferta, el padre salió disparado de la habitación a decirles por teléfono que no tenían derecho a subir ahora el precio.

9

Se escuchaban sus esfuerzos para no gritar pues sus gritos hubiesen sonado un poco ridículos: a esa hora el comercio ya había cerrado y hablaba con uno de esos contestadores que preguntan:

Si quiere pagar, marque 1.

Si quiere comprar más cosas, marque 2.

Si quiere insultarnos, marque 298.476,5.

Para entonces había llegado la madre, llena de paquetes, y ya se daba prisa poniendo agua a calentar para hacer los espaguetis de la cena. Cuando su marido entró en la cocina protestando contra las neveras que aumentan de precio sin aviso, ella le preguntó:

—¿Esa es la razón de que no uses vaso para beber tu cerveza?

Ella era así, a estas alturas seguía sin aceptar que su marido bebiese la cerveza directamente de la lata, y resultaba inútil discutir. Y cuando Andrés apareció por la cocina, la madre adivinó:

—¿No has merendado?

10

Siempre lo sabía. Su truco de madre era que guardaba en la cabeza un registro de banquero del jamón y, sobre todo, el queso en la nevera, y conocía al detalle los gustos de sus hijos.

—No —dijo Andrés, y pese a lo extraño de la situación —un chico que no merienda al volver del colegio es tan raro como un gato que ladre—, eso no pareció levantar ninguna curiosidad. Hay dos momentos en que a los padres la curiosidad se les duerme, y es cuando cenan mirando algo en la televisión, y cuando desayunan y ven que van a llegar tarde al trabajo.

Además Andrés no tenía ganas de responder a un interés de segunda clase, del tipo *¿había mucha gente en el autobús?* o *¿se puede jugar al fútbol en tu colegio?* De lo que tenía ganas era de salir de la cocina para volver a hacer más comprobaciones. O

sea que primero se encerró en el baño, hasta que su hermana Clara, que llegaba de su clase de solfeo, golpeó la puerta con furia:

—Pero bueno: ¿se puede saber qué haces ahí?

Ponía el tono inconfundible de las hermanas en relación con los cuartos de baño, de los que como es sabido son propietarias desde los tiempos de Adán y Eva.

11

Andrés salió del cuarto de baño para encerrarse en su habitación con Carbón, el perro, y con Demóstenes, el loro. A este tuvo que ir a buscarlo a la terraza.

Primero jugó al fútbol con Carbón... pero sin bola. Por lo general, en tiempo normal, intentaba meterle goles con una bola de tenis y Carbón los paraba todos. Ahora, movió las piernas en un extraño fútbol-*ballet*, con varios regates violentos, y Carbón le siguió en cada uno de los pasos, desconcertado porque no hubiese pelota, pero más desconcertado porque el loro gritaba: «¡Gol!, ¡gol!», cada vez... Cantaba goles invisibles puesto que no había bola.

Ningún locutor puede resistir tantos errores seguidos, o sea que, para no frustrar más al loro, Andrés dejó el fútbol y pasó a charlar con él. Y ese

era un placer que le gustaba tanto que procuraba no gastarlo mucho.

En cuanto a Demóstenes, le escuchó en cada una de las frases y saludos que Andrés le lanzó, incluso en susurros, sin aparente resultado.

12 Entre una cosa y otra Andrés llegó medio tarde a la cena, y se sirvió con desgana los espaguetis, y eso que eran sus preferidos, con almejas y mejillones. Su madre pareció al fin caer en la cuenta de algo y preguntó:

—¿Qué tal el colegio?

Andrés levantó su tenedor del que colgaban un puñado de espaguetis, y dejó escurrir dos o tres en el plato. Lo que salpicó un poco de salsa de tomate sobre la mesa.

—Mal —dijo una vez más.

Así había respondido todas las noches durante casi dos semanas.

Entonces sus padres pensaron que para explicar ese «mal» ya no bastaba decirse que Andrés estaba así por causa del nuevo colegio. Al fin y al cabo también lo era para Clara. Y para la madre. Y para el padre.

Nuevos colegios. Nuevos trabajos. Nueva ciudad.

Tampoco bastaba ya decirse que Andrés apenas sabía el significado de las palabras «bien» o «delicioso», y apenas se reía. Lo llevaba en el carácter.

O sea que esta vez la madre preguntó:

—¿Por qué mal?

Y lo preguntaba en serio. Lo bastante para que, por una vez, Andrés consintiese en explicar:

—Es que soy invisible.

Una zapatilla izquierda en el pie derecho

14 ¿Habéis ido alguna vez a un colegio nuevo? Es algo que les ocurre a los hijos de familias que cambian de ciudad, como era el caso de Andrés. Puede resultar tan estupendísimo como descubrir un nuevo país: así lo vivía Clara, la hermana de Andrés, que tenía un gran talento para la música. «Oído absoluto», decían los profesores con entusiasmo, en cada colegio al que iba, algo que su madre conocía pues ella también lo había tenido. Ella había sido música. Y también sabía que el talento musical se puede malograr y un caso era ella misma.

Pero ir a un colegio nuevo también puede ser tan terrible como un atleta convencido de que va a ganar la medalla de oro, se prepara a conciencia para ganarla... y lo descalifican por llevar una zapatilla izquierda en el pie derecho.

Y ese, claro, ese era el caso de Andrés.

Era una extraña idea —aunque la podía ver nítida como en una película— que se repetía cada una de las veces. En cada ocasión, y ya llevaba unas pocas, pensaba que sus compañeros del nuevo colegio lo iban a recibir con sonrisas y grandes muestras de simpatía. Que un chico se le acercaría en el primer descanso y con una gran sonrisa de este a oeste le diría:

—Hola, me llamo Jorge (o Ernesto, o Luis, o Antonio... El nombre cambiaba cada vez, pero la sonrisa no). Me llamo Jorge. ¿De qué equipo eres? ¿Echamos un partidillo con los demás después de clase?

Y lo decía como si ser de un equipo u otro no tuviese la menor importancia. Como si ser del Madrid o del Barça fuese una elección de caballeros dispuestos a aplaudir al adversario cuando mete un gol bonito. Y no como si fuese algo que lo separaba a uno de los chicos de los otros equipos para siempre.

De un tiempo a esta parte, en sus visiones a Andrés también se le aparecía una chica.

De pronto, en la segunda clase de la mañana, sentiría un pequeño golpecito en el hombro derecho, y él alcanzaría a ver de reojo una mano femenina de uñas limpias como las de su madre o su

hermana. Se volvería para encontrarse con otra sonrisa, esta vez en unos ojos negros que se achinaban un poco. Y una chica que llevaría detrás una trenza muy gorda y de un negro brillante le preguntaría, con una boca de labios muy bonitos y los dientes muy blancos:

16 —¿Te sobra un boli? Mi hermana pequeña estuvo jugando con mis lápices ayer y me ha dejado sin.

La chica se llamaría Diana, o Silvia. No sabía por qué, pero así era.

Y por una vez, hace diez días, las cosas funcionaron como en los sueños. Aunque es algo que sucede muy pocas veces, y él ya debería saberlo por experiencia, a Andrés le pareció natural.

Al llegar la primera mañana, el nuevo colegio brillaba relimpio bajo el cielo transparente de octubre, y el ruido del patio se escuchaba desde una manzana de distancia. Y por una vez el rumor no parecía como el de una bestia exigiendo su comida, como le habían parecido siempre al principio los patios de los nuevos colegios, sino un rumor como de fiesta, de gente compartiendo sus vacaciones. Y no para decir:

—¡Ah!, pero ¿tú no has estado en la playa?

Era más bien un rumor como de gente contando en buen plan lo que a uno le ha sucedido en la playa, o en el monte, o en la propia ciudad... Pues las vacaciones en la ciudad también pueden estar bien... o no tan mal como las pintan... Andrés lo sabía porque se había pasado las últimas instalándose en Madrid después de su llegada a la ciudad en junio.

Y en efecto, tal como le habían anunciado sus visiones, ahí estaba el patio del colegio lleno de *Jorges* sonrientes y con pinta de jugar bien al fútbol, y de chicas que se debían llamar *Diana* o *Silvia*. No llevaban trenzas gordas pero no importaba porque sonreían con los ojos como queriendo decir algo que no podían decir con la boca.

O sea que Andrés detuvo al primer *Jorge* que pasó a su lado para preguntarle si sabía dónde se encontraba el aula 1 G, que era la que le correspondía. Y el *Jorge* en cuestión ni siquiera se detuvo porque había detectado, más allá de Andrés, a un viejo amigo. Eso lo supo porque se lo comunicó a gritos a todo el mundo: «¡Tíío!», y se marchó corriendo como si le fuesen a dar algo, y en su huida casi arrolla a Andrés.

«No pasa nada», pensó Andrés.

Y pensó en preguntarle a una chica, una de las sonrientes, pero ya no se atrevió. ¿Y si fingía no haber escuchado la pregunta y salía corriendo detrás de una compañera?